

DISCURSO INAUGURACIÓN

Rafael Repiso

Autoridades de la Universidad UTE, excelentísimo y magnífico señor canciller, excelentísimo y magnífico seños rector, autoridades venidas de otras instituciones, representantes de RERCIE, miembros del comité organizador, apreciados colegas:

Les doy la más cordial bienvenida a esta decimoséptima edición de CRECS en Quito. Quisiera iniciar expresando mi profunda gratitud a la Universidad UTE por su hospitalidad y su innegable compromiso con este encuentro, así como a RERCIE por la sinergia y su compromiso. Nos convoca hoy una vocación que consume incontables horas de nuestra cotidianeidad, pero que exige, por derecho propio, una centralidad ineludible en el ecosistema de nuestras instituciones: la edición de revistas científicas.

Mucho antes de pisar suelo ecuatoriano, mi aproximación a este país ya estaba mediada por sus publicaciones; antes de recorrer los pasillos de la UTE, ya la revista *Enfoque UTE* había llegado a mis oídos, antes de la universidad UTE fue una de sus revistas. Otro ejemplo, en España se cree que el origen, del título “Comunicación Social” como se llaman la mayor parte de Facultades de Comunicación hispanoamericanas había nacido del concilio Vaticano II, esto lo dice Enric Saperas en su Manual de Teorías de la Comunicación. Pero no es cierto, veinte años antes, este nombre fue creado por la Universidad Central del Ecuador en 1943 para su facultad. esto lo sé porque lo leí en un artículo publicado en una revista ecuatoriana de una autora ecuatoriana, la doctora Punín Larrea de la UTPL. La verdad es la verdad, se diga desde Oxford o desde las orillas del río Zamora.

En la arquitectura de la ciencia, las revistas operan como auténticas embajadas epistemológicas. No son meros repositorios de hallazgos empíricos; son vectores que proyectan la identidad y el rigor de nuestras universidades. Conforman una diplomacia académica sutil que, para la comunidad investigadora global, en muchas ocasiones erige el primer puente de confianza hacia la producción intelectual de una nación. En la diplomacia universitaria, las revistas forman parte de la diplomacia blanda.

Existe una nobleza intrínseca en la capacidad de una publicación para disolver fronteras. Quien escudriña un artículo penetra, a menudo inadvertidamente, en el preludio de una colaboración futura o en el germen de un vínculo académico transnacional. No obstante, la legitimidad de estas «embajadas» radica inexorablemente en su independencia. Una revista honra a la institución que la cobija únicamente cuando ejerce la crítica rigurosa, cuando tolera la incomodidad de la disidencia y cuando posee la madurez para la autocorrección. La autoridad académica no se decreta; se decanta a través de microdecisiones sostenidas en el tiempo. Basta la negligencia en la praxis cotidiana para que una cabecera conserve su tipografía, pero vea evaporarse su credibilidad y acompañada de la credibilidad del medio, la de la institución que la soporta. Por eso en las revistas y las universidades no podemos hacer ninguna concesión a las malas prácticas.

Resulta profundamente evocador que sea Quito el escenario para deliberar sobre esta responsabilidad cívico-científica. En el siglo XVIII, la célebre misión geodésica arribó a estas coordenadas para medir un arco de meridiano, resolviendo así la querella cosmológica sobre la morfología de la Tierra. En aquel esfuerzo convergieron eruditos

franceses, pensadores españoles como Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y mentes americanas brillantes como Pedro Vicente Maldonado. Sus mediciones ecuatoriales, contrastadas empíricamente, confirmaron el achatamiento polar.

Hay una enseñanza fascinante en aquel episodio: la especulación de salón debió claudicar ante la tiranía de la medición empírica transoceánica. La Tierra poseía una geometría indiferente al prestigio de quienes debatían sobre ella en las academias europeas. Para desentrañar la verdad del mundo, fue imperativo desplazar el eje hacia un enclave que la metrópoli consideraba periférico.

Esta genealogía histórica encierra una máxima vital para nuestra labor editorial: el *locus* de enunciación, el lugar desde el cual se formula la interrogante, puede reconfigurar el paradigma del conocimiento universal. Una indagación exhaustiva sobre un microcosmos social, un ecosistema endémico o una problemática ecuatoriana tiene el potencial de revelar dinámicas invisibles desde otras latitudes. La verdadera internacionalización en muchos casos no es más que la consecuencia lógica de escrutar con profundidad científica nuestra propia proximidad.

En este sentido, nosotros también estamos obligados a calibrar nuestros instrumentos de medición. Las métricas bibliométricas cartografían la circulación de las ideas, pero su instrumentalización exige un agudo sentido crítico para discernir qué iluminan y qué condenan a la sombra. Una revista es, en su esencia más pura, la comunidad que articula, la memoria histórica que custodia y el espacio de diálogo donde se mueve. Nuestra legítima aspiración a aparecer y escalar en los índices globales debe subordinarse siempre a un imperativo ético superior: la excelencia de lo que entregamos a nuestros lectores.

Quienes habitamos las trincheras de la edición conocemos íntimamente el andamiaje invisible que sostiene esta aspiración. Detrás de la pulcritud de un artículo publicado subyace la perplejidad de seleccionar evaluadores idóneos, el escrutinio minucioso de los datos, la mediación dialéctica ante la discrepancia y, de forma recurrente, un correo electrónico encabezado por un estoico «le recordamos amablemente». Sospecho que en la filología contemporánea pocas fórmulas encapsulan tanta perseverancia como ese «amablemente» proferido por un editor.

Hoy es de justicia reivindicar esa labor encubierta. A los comités editoriales, pares evaluadores, bibliotecarios, correctores de estilo, traductores y gestores de plataformas: Ayer, en los talleres, Gerardo nos recordaba que en muchos casos todas esas funciones eran asumidas por una sola persona. La escrupulosidad del trabajo de cada uno de nosotros es la garante de la confiabilidad de los trabajos. Las instituciones universitarias tienen el deber moral no solo de enorgullecerse de ustedes, sino de dotarlos de los recursos, el tiempo y la formación que blinden la continuidad del servicio que hacen a la institución y a la sociedad..

Permítanme convocar una segunda postal científica indisociable de esta geografía. Cuando Alexander von Humboldt y Bonpland concibieron su magistral *Naturgemälde*, aquel cuadro físico del Chimborazo, considerada la primera infografía científica de la historia, dispusieron la flora en estratos altitudinales, tejiendo una correlación directa entre la botánica y las variables medioambientales. El Chimborazo se transmutó en un tratado ecológico visual: la intelección de un fragmento exigía, inexcusablemente, la aprehensión de sus vínculos con la totalidad.

Este paradigma reticular es análogo a la edición científica contemporánea. Ninguna revista sobrevive en la autarquía. Requerimos de autores, lectores, repositorios, evaluadores y, sobre todo, del aprendizaje especular con otras publicaciones. De ahí la trascendencia sistémica de una entidad como RERCIE. Una red de editores es el sustrato donde la pericia de una cabecera ilumina la orfandad de otra, donde la tribulación halla mentoría y donde las carencias sistémicas se articulan en demandas colectivas con genuino peso político y ella misma pone solución a sus necesidades compartidas, en forma de formación, encuentro, asesorías, hermandad.

Es mi deseo que CRECS actúe como el catalizador de esta inteligencia colectiva. Que al clausurar estas jornadas, cada asistente retorne a su claustro con una certidumbre táctica y con el contacto de colegas dispuestos a colaborar. Así, y solo así, se forja una comunidad epistémica que trasciende la temporalidad de un congreso.

La agenda que nos aguarda es densa y urgente: la democratización del conocimiento, la viabilidad financiera de nuestros proyectos, la ética y malas prácticas en las revistas, la ontología de la evaluación por pares y el imperativo ético ante las disrupciones tecnológicas. La irrupción de la inteligencia artificial nos empuja a un replanteamiento radical sobre los lindes de la autoría, los protocolos de verificación y la responsabilidad intelectual. En una época donde la IA ha reducido el esfuerzo cognitivo y técnico para generar textos, el filtro crítico de quienes certifican la verdad científica adquirirá un valor incalculable. Paralelamente, debemos custodiar celosamente la pluralidad lingüística de nuestra ciencia. El español y el portugués son las matrices cognitivas con las que interpretamos e interrogamos la realidad en hispanoamérica. Expandir la influencia de nuestras revistas no debe significar la abdicación de nuestras lenguas; por el contrario, la accesibilidad científica plena demanda que nuestras sociedades accedan al conocimiento de frontera en el idioma que les da identidad.

Reitero mi agradecimiento a la Universidad UTE por erigirse en nuestra anfitriona, a RERCIE por su complicidad institucional y al comité organizador por su laboriosa arquitectura de este evento. A todos ustedes, editores, técnicos editoriales, bibliotecarios, investigadores y demás perfiles interesados en la edición científica por confluir en Quito, trayendo consigo su acervo, sus dilemas y su insobornable vocación de diálogo. Y, de manera muy especial, gracias a Tomás Baiget e Isabel Olea, fundadores de este congreso, que por primera vez no han podido asistir, pero que han estado plenamente implicados en su preparación y siguen con mucho interés la evolución del mismo.

Inicié esta intervención confesando que conocí el ecosistema de estas revistas antes que a la nación que las edita. Deseo concluir proyectando la mirada hacia un futuro inminente: piensen en aquel estudiante o investigador que, dentro de un lustro, descubrirá Ecuador por primera vez a través de las páginas de un artículo que hoy, con su esfuerzo, ustedes están haciendo posible. Quizá ese lector permanezca ajeno a los esfuerzos, costes y el rigor sobre el que se cimentó ese texto. Pero nosotros sí conocemos la anatomía de ese esfuerzo. Esa es, en definitiva, la razón que nos congrega hoy aquí.

Bienvenidos a esta decimoséptima edición de CRECS. Que, inspirados por esta tierra que otrora redefinió las dimensiones del planeta, sepamos nosotros expandir los horizontes del mundo que nuestras revistas permiten comprender.

Muchas gracias